

Palabras sobre un Rector

ESCRIBO al vuelo, por el llamado de mi amigo, el profesor Manuel P. González, de la Universidad de California, quien por ser un catedrático gobernado por el sentido cualitativo, hace de convocador de esta solemnidad americana. Ya no hay tiempo para cumplir dignamente con el aniversario del rector moral de repúblicas a quien llamamos Sanín Cano; sólo alcanzaré a decir que los ausentes estamos sin bulto pero muy presentes en la fiesta bogotana y esto por las siguientes razones:

En la meseta de Anáhuac está nuestro Alfonso Reyes y en la de Cundinamarca está nuestro Sanín Cano, y se les nombra juntos porque sus funciones son mellizas: ambos han preferido una labor nocturna y ácida de mineros, a la kermesse literaria con faroles y algarada. El, como Alfonso Reyes, escogió lo mejor al optar por lo más puro y lo más difícil.

Ahora celebra su pueblo letrado al hombre ejemplar que lleva cincuenta años de enseñar sin aula y de influir sobre su gente al margen de todo bando político.

Sanín Cano ha enseñado buena parte de lo que sabemos sobre la sobriedad, la seriedad y la ética del escritor y ha mostrado el perfil verídico de la libertad, el civismo y la democracia, a su generación, a la mía y a la siguiente. Lo que celebramos es, por lo tanto, una larga lección que corre hace medio siglo por las costas del Caribe y del Pacífico, en algo así como un seminario ambulante y continental. (El libro y el periódico son eso: ambulancia de ideas que camina sin dueño, trotadora, sola y viva...)

Algunos hemos admirado al maestro Sanín Cano sin decir nada de él, como a una piedra de catedral que, siendo bloque de clasicismo eterno, sobra vocear en ateneos o cervécieras. Pero hoy es el

día de declarar el culto silencioso que le hemos dado y no por él, sino para apearnos del pecho la alforja cargada de una deuda.

Este aristócrata, aunque escriba para los de su orden, atrapó también a los amigos de la lectura fácil y en su país ha llegado hasta la masa misma. Porque desde su elogio del trabajo manual a sus artículos de periódico, él ha querido sembrar a puño abierto a pesar de su categoría y de cierta frialdad deliberada que corre por su obra y que corresponde al frío tónico de las ideas. Sembrar un trigo geométrico y un maíz menos ardido que los maíces criollos, eso es lo que ha hecho.

Y ha sido por excelencia un artesano de la lengua, a la vez, sencillo y elegante y substancial sin pesadez. Y él nos ha regalado en cincuenta años algo del juicio y de la seriedad que sus adoctrinados podamos poseer en el escribir y en el vivir.

Todos hemos tomado algo suyo, comido de él, sorbido de él, así, anónimamente, sin rostro y nombre expreso y desde los vértices opuestos del triángulo sudamericano.

Hemos callado respecto de nuestro guía precisamente a causa de su repugnancia hacia las "profesiones de fe" ruidosas y de su desdén por aquellos elogios en los cuales se escurre un hilillo de adulación.

Pero ahora echamos el espíritu de sierras arriba para hacer presencia en el aniversario de una obra que nos contradijo corrigiéndonos y que ha podado la superabundancia criolla precisamente a causa de su amor por la ceiba tropical y los pinos australes...

* * *

En estos días de su jubileo, nosotros esperamos del gobierno colombiano el acto que llaman los hacendados "prestar al vecino semilla cernida". Lo que está haciendo Cuba con Martí y lo que hace a estas horas México con don Justo Sierra, tiene que hacerlo la Colombia letrada por su pedagogo social y su ensayista divulgador de culturas. Que algo quede de las fiestas del año 48 y que eso sea un reparto del sustento recogido, y hasta hoy *quedado*, dentro de los silos colombianos. Ni la propia España le conocí lo bastante, y en el sur son muchos los que le admiran más por citas que por textos íntegros ¡cosa increíble! Así es de grande el desorden de la lectura en nuestros pueblos y así es la falta de jerarquía que gobier-

na el negocio librero y hasta las clases de literatura hispanoamericana.

* * *

Guarde Dios los pulsos morigerados y la frase viva pero sin galope de su prosa, a fin de que desde su mano derecha ese módulo sereno siga pasando, como una transfusión de sangre, a la gente moza. En este tiempo que por su desorientación se parece al hombre beodo, la juventud necesita más que nunca del viejo lúcido cuyo ojo vale por el buen diamante. El cristal sin borra y de aristas netas han sido la óptica y la geometría del ensayista. Y tal claridad y tal firmeza, junto con el clima parejo de su alma, tal vez sean más útiles que nunca ahora que un vaho caliginoso nos borrona los caminos y vuelve atarantados hasta los peatones más plácidos.

GABRIELA MISTRAL,
Santa Barbara, California.

